VIDART

AÑO XXIX. — Nº 1421.

EL DIA

MONTEVIDEO, ABRIL 10 DE 1960.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de oc. ·bre de 1932



PUENTE SOBRE EL SOLIS CHICO.
(Fotografía Juan Caruso)

Entre Parque del Plata y La Floresta, acaba de ser inaugurado este moderno puente insumergible, en la ruta interbalnearia, vía de acceso amplia que facilitará sensiblemente las comunicaciones con el interior del país, y el turismo por las extensas zonas pintorescas que circundan la carretera.

LOS PARQUES





Al fin de cuentas la gente que vive sola, conoce más que nadie el significado y la atracción que pueden ejercer los parques. Y no hay manera de explicar esto sin que la mayoría crea que estamos borrachos o perturbados. Es una cuestión de sentimientos. Yo vivo al Sur de Montevideo. Conozco las viejas casas, la gente, y su vecindad. Mi apartamento orientado al Oeste recibe en los largos días de verano la restallante catarata de luz de un sol sin piedad. Bajo mi ventana, una nube de niños que proceden de todas las casas del vecindario no dejan dormir a nadie. Ignoran las horas de la siesta. Alguno de estos chiquillos es lastimosamente giboso. Otros atrevidos. Los más, gritones y desvergonzados, y cuando se les regaña miran a uno de frente, igual que hombres.

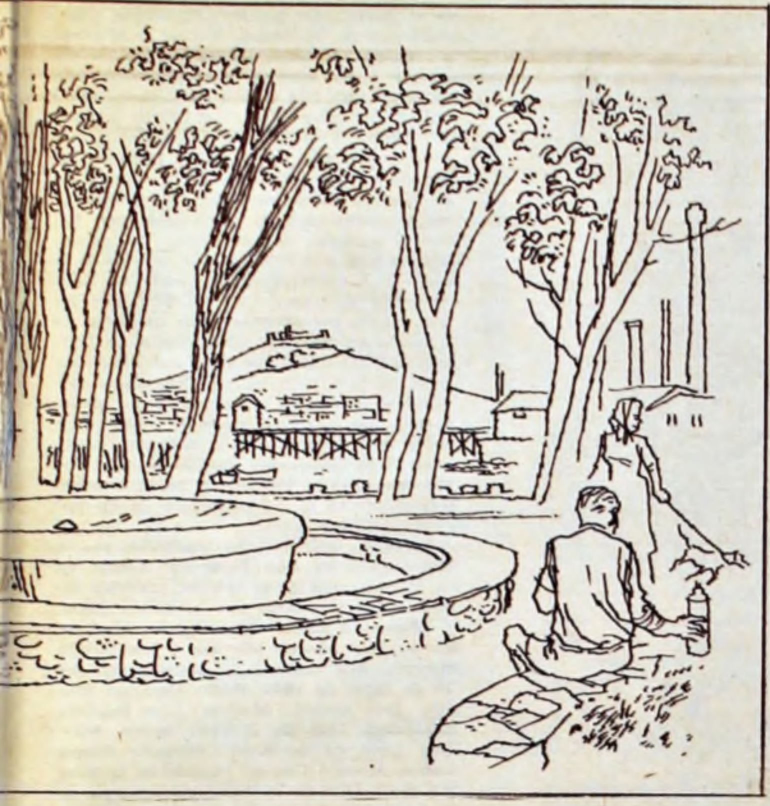
Tienen su cuartel en la vereda de una casa oscura y alta, tiempo ha deshabitada porque circula la leyenda de que está encantada. Es difícil, sobre todo si se es nuevo en el barrio, acostumbrarse de pronto a sus chillidos. Juegan, discuten, se pelean. Fuera de eso el aburrimiento. Por la noche, la paz tampoco se hace bajo los olivos. El repiquetear de lonjas de tamboriles templándose para el avasallador rugido carnavalesco llena el aire de las calles del Sur con su tam-tam y me hacen imaginar que atrás de las grises celosías que me proporcionan una balsámica penumbra, ruge y se agita el Africa le—ja—na—y—mis—te—rio—sa con toda su gente achocolatada, entre otros muchos pueblos y ciudades, que nunca veré, y a los que me lleva el ensueño para participar de la Gran Aventura. Siempre pasa lo mismo: llega un día a comienzos del año y los tamboriles como inaugurando oficialmente el carnaval, alborozan la imaginación y aturullan la mente de los ruidosos habitantes de mi barrio de negros, barómetro sensible que registra en una parte populosa de la ciudad, casamientos, nacimientos, defunciones, hechos triviales y sin importancia, pero sin los cuales la humanidad se paralizaría.

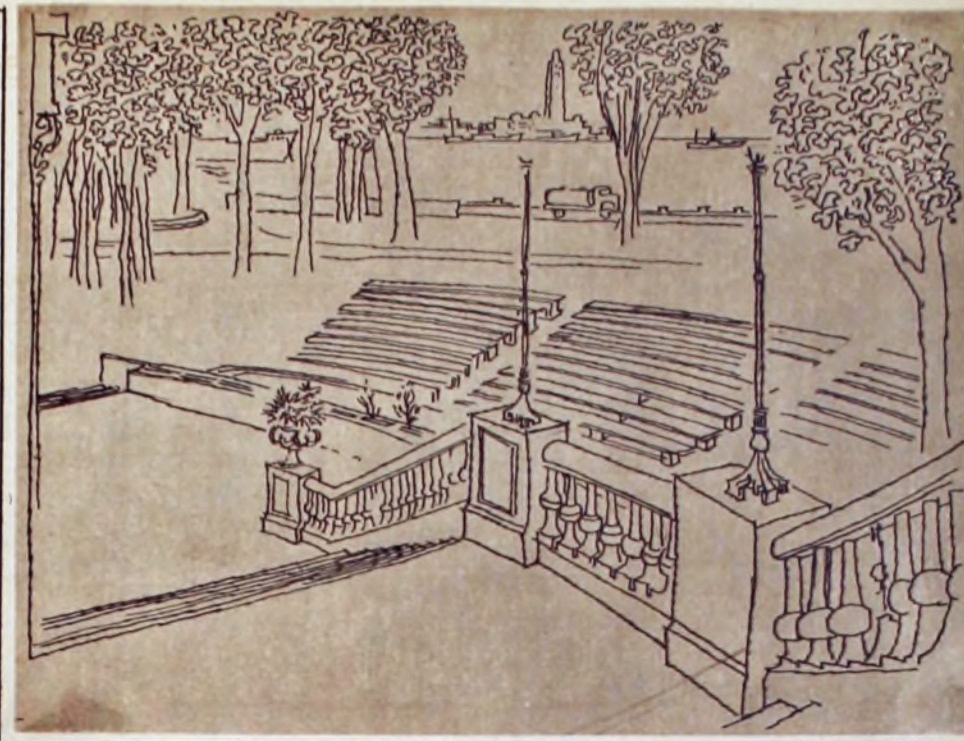
A dos cuadras de la casa en que vivo, por sobre los muros del Cementerio Central, se ven copas de árboles y cipreses, que se levantan erectos al cielo, finos como lápices, o gigantescos dedos de predicadores señalando los oscuros nubarrones de tormenta que ruedan hacia el mar y entre los que un misterioso rayo de luz que viene de lo alto, ata fragmentarias rosas de terciopelo y nubes, a las que el sol poniente tiñe ya de púrpura, ya de oro pálido, su color favorito.

El cielo resplandece entonces como una estufa cargada de carbón y de leña, chisporroteante, ardiente. Desde mi calle no puedo ver el mar, pero de las ventanas próximas es una presencia constante. A veces pasan barcos en la noche. Brillan como lentejuelas. Hermosos e iluminados por dentro como ojos de enamorados adolescentes en cuyas miradas el amor nuevo hace nadar pececillos.

Cuando el barullo de la chiquillada arrecia y mi dolor de cabeza estalla, salgo en busca del fresco de las calles arboladas y en sombra. Pero el espejismo no basta. Frente al Cementerio hay una plaza que tiene paraísos. Allí me siento y veo como pasa la vida y como desfila la muerte representada por el tránsito de coches fúnebres que no cesa. A veces tanta muerte junta me deprime y voy en busca de otros árboles, de otras personas solitarias, que igual que yo son como islas vulnerables en el bravío oleaje de la ciudad pringosa, que se derrama constante sobre nuestra percepción en tanto duran nuestras cortas vigilias sobre la tierra, tal cual acontece en los maravillosos sueños de Tomás de Quincey. Digamos que he tomado al azar un ómnibus y... ¿estamos? En Capurro. El parque de Capurro es imán de gentes solitarias. Tiene un rostro tranquilo, preciso, silencioso. Para las personas que vivimos en el centro de la ciudad la compañía de estos árboles es algo misericordioso. Los sentimos como seres que han impresionado nuestra imaginación. Sabemos percibir su fragancia, deleitarnos con una bandada de pájaros que de improviso sale de entre sus ramas y se abalanza hacia la lejana luz del crepúsculo, teñida de arcoiris por una lluvia de verano que mezcla simultáneamente agua y sol. Y en Capurro hay árboles hermosos. Empero... El parque costero ofrece ahora un aspecto lamentable. Todo crece en desorden. Preciso y racional. Por entre los macizos de malezas se escabullen los gatos de nadie. En las noches no se ve en sus oscuridades tétricas una sola alma viviente. Y durante el día, obreras de las fábricas cercanas se acercan a sus canteros desdibujados para descansar y hacer una frugal merienda en mitad de jornada. Pero allí quedan los viejos árboles, únicos sobrevivientes del perdido esplendor finisecular que fue Capurro. Plata invernal y oro del otoño. Cuando el crepúsculo enciende la bahía, una luz violeta baña como un vino, las frondas que conocen tan de cerca los rigores marinos sin dejar por eso de alardear de una cierta elegancia olvidada. Viejo Parque Capurro. Recostado a la vera del mar ¿no parece un caminante al que le dolieran las piernas, volteado por los vientos contra la carcomida baranda?







MUEREN DE PIE

Como esas casas abandonadas en las que se descascara la escayola y en los canalones de las ventanas se forman goteras y los cimientos y paredes se han echado a perder, sin que por ello pierda la mansión su hechizado encanto de abandono poético, también en su decadencia, este parque montevideano ofrece a los solitarios paseantes sus glorias fantasmales tal como las dejaron las damas y caballeros de antaño cumplidos los ritos de su ciclo.

Al anochecer, el parque queda abandonado, desierto. Y ni en las serenas noches estrelladas hay quien se atreva a vagabundear sus senderos sin luz. Sólo los vientos vacían sus pulmones en estas arboledas raleadas y los crujidos roedores (¿de qué desconocidos fantasmas?) se oyen triunfantes en esas horas enmohecidas, carcomidas. En las canaletas de la rambla en reparación se han metido los sapos y la ortiga reina soberbia en el Parque Capurro desde que la vida parece haberlo abandonado. La vereda del mar está resquebrajada, oblícuamente torcida, como esas figuras o decorados expresionistas que reflejan la torturada visión óptica de un loco. Las golondrinas anidan en ruinas ornamentales que aún perduran, y que nadie podría decir si representan alguna cosa. Los canteros están llenos de paja. En algunos lugares que hubo planchadas de cemento asoman restos de vigas retorcidas, ennegrecidas de lluvia y hollín. Todo el panorama es de agonía y de muerte. Y sólo la grandiosa escalinata que trazó algún urbanista enamorado del Trianón o Versalles, perdura con vestigios de pasadas glorias en que el parque era de una intacta belleza, una estampa policromada, con amapolas creciendo entre encarnadas dalias. Damas con polisón, vestidas puntillosamente de verano, deambulaban bordeando la fuente y al solo roce de sus sombrillas de seda de China con pájaros tornasolados y bordados en verde sobre rosas muy tiernos, desflecaban algún clavel fresco, mientras los vientos tempraneros esparcían en oleadas de otoño, lluvias de sicomoros y rosas que emergían entre alcachofas gigantescas.

Pero el color y la luz de la vida, y las damas y los caballeros y las laqueadas volantas con niñas de ojos de mora, ¿qué podían hacer frente a la insensible ferocidad del paso de los años que permuta la belleza por polvo?

Lo que alrededor del parque era zona residencial se fue convirtiendo en gris zona fabril. Fábricas y feas chimeneas, saladeros y curtiembres de olor nauseabundo, fueron aherrojando el parque con un cerco de muerte después de aquella "belle époque" que se clausuró al fatídico aletazo de la guerra.

Un día, por causas sanitarias, se decretó la clausura de la playa cercana. Las arenas de la graciosa curva oscilaron como un rayo de sol y desaparecieron. Y con ellas se fueron las multitudes rumorosas que en estío le daban a Capurro esa luminosa apariencia de fiesta aldeana.

Hoy el parque sólo vive en su exacta apariencia debido al ensueño de quienes se niegan a reconocer su abandono y lamentan la abolición de un sistema de vida más amable y sin oposiciones, tal cual fue la característica envidiable de aquel feliz e inconsciente 900 en que Capurro concentraba a lo más graneado de una sociedad montevideana. de emperezado y fabuloso recuerdo. Una sociedad cuyos integrantes están hoy en su mayor parte muertos y desaparecidos. Que parece que hubieran cerrado el parque con llave y se hubieran marchado para siempre. ¿Pero quién podría decir hacia dónde?

Hoy Capurro es un parque de fantasmas, de malezas, de ruinas, de fuentes sedientas, de ratas y de golondrinas. El viento puede todavía soplar pero la simiente del clavel y de las amapolas no puede vencer la invasión implacable de las ortigas indómitas. El hollín de las fábricas próximas y las chimeneas han sustituído al paso de los enamorados de antaño y a las antiguas damas irisadas. Nada se opone a esa entrega del Parque Capurro, a lo que está cada vez más cercano. Nada contradice la cruel agonía.

Algún día se desplomarán también los árboles que todavía subsisten y la hermosa escalinata que es todavía su mayor ornamento se derrumbará, convertida en cascotes. Todo habrá terminado, cuando lleguen los tiempos del mañana que auguran los autores apocalípticos de la "science fiction". Y sobre el montículo formado por las ruinas, puede que una olvidada planta de amapola, recuerde a los solitarios de entonces que deambulen buscando la perdida belleza del mundo, que allí hubo un parque. Un parque que murió de pie, insensible a la ceguera de los hombres que nada hicieron para recuperarlo y reconocer en sus atributos uno de los dones que a todos nos conciernen.

J. R. CRAVEA

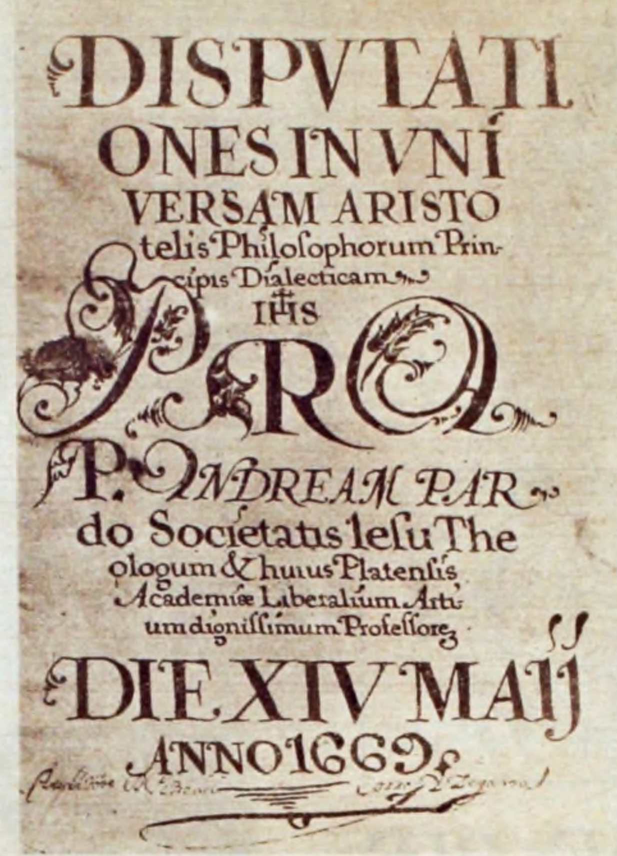
(Especial para EL DIA.)

Dibujos de J. Rivera.





El arzobispo Gaspar de Villaroel, que tuvo influencia decisiva en la vida de la famosa universidad. (Retrato que se conserva en el convento de Santa Teresa, en Sucre.)



DISPVTATIONES IN VNIVERSAM ARISTOTELIS Philosophorum Principis Dialecticam
IHS
PRO
P. ANDREAM PARDO Societatis Iesu Theologum & huius Platensis Academiae Liberalium Artium dignissimum Professorem
DIE XIV MAIJ
ANNO 1669

Interesante portada de un códice de 1699, del padre Andrés de Pardo, catedrático de la Universidad. (Se guarda en la Biblioteca del Colegio Seminario de Sucre.)

LA INFLUENCIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHUQUISACA EN LA HISTORIA DE AMERICA

Distinguido humanista y sociólogo boliviano, el doctor Donoso Torres, profesor y abogado, ha desempeñado en su país altos cargos en la enseñanza, ha sido Director General de Educación, catedrático de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier, munícipe, senador nacional y es autor de numerosas obras de pedagogía e historia.

SI la Universidad es un poder espiritual que dirige la marcha de las naciones por rumbos de libertad, progreso y bienestar, ninguna como la de Chuquisaca ha tenido mayor influencia intelectual, social y política en la historia de América, tanto durante la colonia como en los primeros tiempos de la República.

Fundada el 27 de marzo de 1624 como Universidad Mayor, Real y Pontificia de San Francisco Xavier —a petición del P. Luis de Santillán, rector del colegio que al principio se llamó Santiago y San Juan Bautista después, de la ciudad de La Plata, hoy Colegio Nacional Junín— por el P. Juan de Frías y Herrán, propósito provincial de la Compañía de Jesús, ocupa el quinto lugar por su antigüedad entre las universidades erigidas en América por España. Se halla después de las de Santo Domingo, Lima, México y Córdoba pero, en realidad, llegó a ser la primera por su brillo como centro de estudios superiores y difusora de las ideas filosóficas, jurídicas y políticas más avanzadas del hemisferio.

Las razones que hubieron para la fundación de la Universidad en Chuquisaca fueron las siguientes: Ser asiento de la Audiencia de Charcas, que se extendía de océano a océano, de Arica a Montevideo y de Arequipa a Tucumán, comprendiendo los gobiernos de esta última provincia, de Buenos Aires y del Paraguay. Hallarse en medio del camino entre Lima y Buenos Aires. Su proximidad al rico y superpoblado asiento minero de Potosí. Su ambiente de clima templado y paisaje agradable, propicio para el estudio y la meditación. Es de advertir como esta última cualidad, indicada por la pedagogía moderna como fundamental para la creación de un centro de estudios superiores, fue ya conocida y practicada desde muy antiguo por España. Así la ley primera del Libro de las Siete Partidas prescribe: "De buen ayre y de fermosas salidas debe ser la villa do quisieren establecer el estudio, porque los maestros que muestren los saberes y los escolares que los aprendan vivan sanos en él y puedan folgar y recibir placer en la tarde cuando se levanten cansados del estudio".

Graduaba la Universidad de Chuquisaca bachilleres, licendiados, maestros y doctores en las distintas cátedras que sostenía, predominando las de Teología y Derecho. Por real cédula de 10 de abril de 1798, obtuvo los privilegios de la Universidad de Salamanca, famosa entonces en España como en toda Europa, hecho con el cual los grados que concedía llegaron a tener validez aun fuera de la Audiencia de Charcas, en Lima y en las universidades reales de la misma Metrópoli.

Tal llegó a ser su prestigio por su situación geográfica, sus títulos, su profesorado, la calidad de su enseñanza, la práctica de sus estudiantes juristas en la Academia Carolina y los diplomas que otorgaba, que iban a estudiar a sus aulas desde el Bajo Perú hasta Buenos Aires.

A los nueve años de su fundación tenía ya un relieve singular. El P. Vázquez que visitó dicha Universidad en 1635, se expresaba de este modo: "Entre las cosas que hacen más ilustre la ciudad de La Plata no es la que menos la ennoblece la Universidad, que hoy la tiene tan florida con los desvelos de sus catedráticos que ya les parece a los estudiantes de ella que pueden competir con los de Lima en el lucimiento de los actos que para graduarse de bachilleres y maestros estos últimos años ofrecieron, ni el cielo deja de favorecer esta su honesta presunción y provechosa competencia, porque es igualmente benigno y favorable a los ingenios de los hombres y a los metales de la tierra".

Gabriel René Moreno, llamado con justicia el príncipe de las letras bolivianas, refiriéndose a la fama que gozaba la Universidad de Chuquisaca, dice en su obra *Ultimos Días Coloniales en el Alto Perú*: "Sabido es, por lo demás, que concurrían a los cursos los jóvenes de más posición de las dilatadas provincias comprendidas entre Arequipa y Buenos Aires. ¡Qué mucho es que hasta fines de 1803, no menos de 350 individuos se hubiesen graduado de doctores en esta célebre *fábrica de Minerva!* Ir a Chuquisaca a estudiar era todavía a principios del siglo (XIX), en la capital del Virreinato, algo como emprender un peregrinaje de seiscientas leguas castellanas, en mula, para obtener una patente de omniciencia, o más bien como una cruzada individual para ir a conquistar del mahometismo de la ignorancia el pozo de la sabiduría".

Para no citar otros historiadores destacados, como Valentín Abecia, Luis Paz, Bartolomé Mitre, Ricardo Levene, Enrique de Gandía, Benjamín Vicuña Mackenna, Daniel Sánchez Bustamante, Jaime Mendoza, Alcides Arguedas, Enrique Finot y Guillermo Francovich, que han ensalzado en sendos artículos y obras el papel desempeñado por la Universidad de San Francisco Xavier, terminaremos reproduciendo las opiniones autorizadas y sintéticas del general Guillermo Miller, que tuvo actuación descollante en las campañas de la independencia, y del conocido pensador argentino José Ingenieros. El primero, en sus memorias, la considera como la "Oxford de América", y el segundo, en su obra *La evolución de las Ideas Argentinas*, sostiene que "la Universidad de Chuquisaca fue sin duda el cerebro del virreinato del Río de La Plata".

Las doctrinas que sustentó esta Universidad durante la colonia fueron las del escolasticismo de Santo Tomás de Aquino y del padre Francisco Suárez, al principio, y las del enciclopedismo, después. De Santo Tomás aprendieron los doctores que el objeto del gobierno es asegurar a los gobernados una vida buena y justa; que para mantener la paz pública todos deben tomar parte en el gobierno general; que la tiranía es la peor forma de gobierno y que los tiranos podían ser derrocados y juzgados. Del P. Suárez: que la soberanía no reside en ningún hombre en particular sino en la colectividad de los hombres, o sea, en el pueblo. De los enciclopedistas, especialmente de Rousseau, Reynal y Montesquieu: que el hombre nace libre y no renuncia a su libertad cuando forma una sociedad; que ésta es soberana, la voluntad común la suprema ley, y el objeto de ésta, la libertad y la igualdad; finalmente, que la concentración de los tres poderes del Estado en una sola mano es la esencia de la tiranía. Estos principios eran naturalmente contrarios a la propaganda que hacía el gobierno español entre las masas, obligándolas a la fidelidad y a la obediencia ciega a la reyecía. Comparando el trato despótico e injusto que se daba por las autoridades peninsulares a los naturales de América con las ideas adquiridas en la Universidad, era lógico que en el espíritu de los estudiantes y doctores de Chuquisaca fermentase la idea de la libertad hasta hacerse realidad el 25 de mayo de 1809, fecha en la cual se encendió la hoguera revolucionaria en Chuquisaca, cundiendo sus chispas por todo el Continente hasta alcanzar sucesivamente la independencia de las naciones sudamericanas.

Entre los 350 doctores graduados por la Universidad de San Francisco Xavier en los últimos años de la colonia, podemos indicar a los siguientes: los hermanos Jaime y Manuel Zudáñez, Monteagudo, Mariano Michel, Juan Manuel Mercado y José Benito Alérreca, que iniciaron el movimiento del 25 de mayo de 1809; Pedro Domingo Murillo, José Antonio Medina, Juan Bautista Sagarnaga, Juan de la Cruz Monje, Melchor León de la Barra, Gregorio García Lanza, Antonio Dávila, Joaquín de la Riva y Crispín Diez de Medina, que actuaron en la revolución del 16 de julio en La Paz; los argentinos Manuel Antonio Castro, Juan José Castelli, Juan José Paso, Mariano Moreno, Tomás Manuel de Anchorena, José Ignacio Gorriti y Manuel Moreno, protagonistas del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires y del Congreso de Tucumán, congreso al cual concurrieron catorce doctores recibidos en la Universidad de Chuquisaca entre los veintiocho que firmaron el acta de independencia; Mariano Alejo Alvarez que propagó la revolución en la capital peruana y el "Discurso sobre la preferencia que deben tener los americanos en los empleos de América"; Manuel Rodríguez Quiroga y Jaime Zudáñez que llevaron el fermento revolucionario a Quito y Santiago, habiendo contribuído este último con sus luces a la redacción de las constituciones argentina y uruguaya.

Creemos suficiente haber citado los anteriores prohombres de la emancipación americana para demostrar la influencia decisiva que tuvo la Universidad Mayor, Real y Pontificia de San Francisco Xavier en los destinos del continente americano.

Vicente DONOSO TORRES.

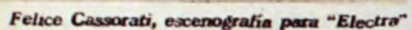
La Paz, 27 de marzo de 1960.

(Especial para EL DIA.)

Más de tres siglos han pasado desde que se fundara la Universidad de Chuquisaca, sin alterar la fisonomía que ofrecen los viejos techos de la ciudad de Sucre.

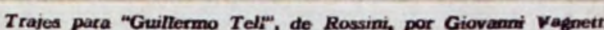






Felice Cassorati, escenografía para "Electra"





Trajes para "Guillermo Tell", de Rossini, por Giovanni Vagnetti.

COMISION NACIONAL DE BELLAS ARTES

EXPOSICION DE ESCENOGRAFIA ITALIANA

LA Comisión Nacional de Bellas Artes ha inaugurado en estos días, una exposición de suma importancia y de original factura. Se trata de las escenografías, obras de los más destacados pintores actuales, y fotografías relativas a escenarios del pasado, pertenecientes a óperas clásicas, comedias y dramas. Esta exposición la organizó la Bienal de Venecia, y recorre los países de Latinoamérica, brindando una noble y dinámica expresión de arte. Nombres célebres en el concierto de las artes plásticas, firman auténticos bocetos de escenarios para obras antiguas y modernas, contándose entre ellas, a Sironi, De Chirico, Cassoratti, Carena, Prampolini, Zuffi, Colasanti, y otras figuras descollantes, especializadas en la fina interpretación que ha de dar el ambiente en que se desarrolla la trama de tantas obras maestras y queridas del público. Tal conjunción del Teatro con el Arte Plástico, que ha tenido siempre contacto, se manifiesta por ejemplos que han sufrido evoluciones según las épocas, y que el juego escénico que se desarrolla en las tablas, sugiere al espectador, junto al diálogo, el calor de vida que ha de llegar a él con toda su potencia, hasta hacerlo sentir, sufrir, reír, o posarlo en la detención del suspenso. Hemos hallado en la notable muestra, a un Sironi tratando los escenarios de "Faust" con una nobleza y fervor subjetivo que se repite en "Don Carlos" de Verdi, dentro de un panorama moderno en la concepción, y rico en impresiones de planos de luz.

A Felice Carena, aquel recordado pintor que nos deleitara en la muestra de modernos italianos expuesta en la misma sala, quien en los decorados de "Orscolo", protagoniza una simple y fina alegría, plena de luminosidad. En Felipe Cassorati se da la grandeza de conceptos en su "Electra" de Strauss, y en "Norma", de Bellini; y vemos como Efisio Oppo, da dos contrastes estupendos en "Le nozzo di Figaro" de Mozart, y "Rigoletto" de Verdi.

La primera en la sensación decorativa y cremosa de un salón "Versallesco", y luego la dantesca escena con el peso oscuro de la tragedia, vibraciones que se hacen sentir a través del colorido y la estructura de los planos. Una ensoñación colorista es el escenario de Prampolini para "La sonámbula" y el de Gino Sensani, para "Elixir de Amore", un suelto y bello boceto, rico en grafismos graciosos y cautivantes.

Giovanni Vagnotti expone una serie de diversos caracteres: un subrealismo patético en "Deserto Tentato" de Casella, y en "Guillermo Tell", que deriva en grafismos al tratar la "Armida" de Lulli, y se hace de gracioso toque en "I Racconti di Hoffmann" de Offembach. Las grandes verticales que imponen la sobria densidad del espacio, la majestad, y esa sensación que hace se *escuche al silencio,* la interpreta con certeza P. Zuffi en *Don Carlos* de Verdi, quizás en un repetido sentido lineal, pero muy expresivo. Y llegamos a los escenarios de la "Boheme" de Puccini, a cargo de Aldo Calvo. Este artista realizó en verdad dos admirables cuadros que se valen por sí mismos, y nos apartan en algo de la función teatral. Remueven sensiblemente la época del París gris envuelto en la niebla, pero nos cuesta hallar el personaje teatral y más que nada la estructura del escenario.

No se repite el caso de Casoratti, quien en "Norma" realiza los escenarios dentro de una gama de admirables grises al temple, pero sin desvirtuar el carácter aplicable al fin: el Teatro. Diremos de paso que tal escenografía, no sólo nos pone delante de un notable ejecutante —adviértase la riqueza de trazo— sino que al mismo tiempo nos envuelve en la gama en la atmósfera de la obra, dentro del marco objetivo y subjetivo que es el escenario. Naturalmente que nos movería a repetir este concepto el enumerar la cantidad de bocetos expuestos, porque el Teatro, cuna de la farsa, maneja la sensibilidad y descubre, enriqueciendo el espíritu del espectador, que se ve sorprendido tantas veces, sintiendo indefinibles todavía para él, sentimientos que se concretan mediante la interpretación de una obra.

Todo ese andamiaje que cultiva la riqueza espiritual, montado en la reunión de tantos elementos afines armonizados, y que poseen la palabra dicha al respaldo de la escenografía, dan el clima en que el público ve surgir y vivir personajes ya de leyenda, poesía, o de la ruda vida misma, aureolados por el Arte, que hermanados en la palabra y en el silencio plástico, van a batir palmas en el pecho mismo de la sombría sala. Tantos héroes y heroínas, "Madame Buterfly", "Tristán e Isolda", "Pelleas y Melisande", "Carmen".. van descorriendo el misterio, velado por la trama a través de los intérpretes, dueños del personaje, y es el escenario el que en principio, y más también luego, predispone para escucharlo en la posesión de una figura que, aunque ya no exista, la sentiremos vivamente, y la acompañaremos en su drama o en su felicidad, suspendida en la ansiedad de una humana comprensión, o en la beleza sublime de la elevación poética, tañida la lira por inalcanzables dioses. Estos artistas dan la tónica ambiental en una escala extensa y en la variedad sutil que necesita el Teatro.

Mundo de seres tan diversos, verdaderos e imaginados, el escenario los debe alcanzar para ser el eco, el médium, que haga vibrar, y los pintores italianos renuevan esa virtud con un arte rico en imaginación, y poblado de ese misterio que muchas veces se evade de la realidad, para hacer sentir precisamente una realidad superior.

Si agregamos a ello la exposición de fotografías que muestran viejos y antiguos



Atrio Regio, del teatro Ottobone, de F. Juvari.

teatros, algunos en notables dibujos, han logrado aunar eficazmente los elementos primordiales que dan a esta exhibición una completa certificación de importante mensaje.

Eduardo VERNAZZA.

(Especial para EL DIA.)



Mario Sironi, escenografía para "Faust" de Gounoud.

Pietro Zuffi, escenografía para "Don Carlos", de Verdi.

DANIEL D. VIDART

un joven maestro

FUE, en rigor, don Tomás Berreta quien nos presentó un día a Daniel D. Vidart, al que suponíamos un grave señor entrado en años, y no un muchacho alto, delgado y sonriente, que se alistó de inmediato entre nuestros buenos amigos, naturaleza sensible y caballeresca, a quien adeudamos —y no se vea en esta crónica intento de saldar su gesto fraterno— el habernos introducido, hace ya tiempo, en las páginas de este Suplemento.

Si, porque fue su libro biográfico sobre aquel noble caudillo, corazón abierto a los afectos generosos, lo primero que conocimos de la obra de Vidart, libro recién premiado, en ese momento, junto con uno nuestro, en el concurso anual del Ministerio de Instrucción Pública.

Más tarde, casi en seguida, la lectura de sus versos completó nuestra comprensión de su intimidad, y desde entonces le vimos siempre afanoso, investigando, cumpliendo con honradez intelectual su propósito de enseñorearse de una cultura firme, estudioso infatigable que se sobrepone a la fatiga, pero sin poder ocultar a una mirada sagaz, las huellas del desgaste con que el trabajo excesivo recompensa a sus adeptos, y que se ve en cierto aire de fatiga que es como la pátina de las vigilias, o en los párpados cansados por la lectura y el estudio, prolongados hasta esas horas desveladas del amanecer en que no se lleva ya cuenta de los relojes.

Está en el filo de los cuarenta años, pero sin generosidad diríamos que cuenta muchos menos. Orientó desde temprano sus inquietudes hacia el terreno de la Sociología, y, andariego, profundizó su saber acerca de la vida rural, viajando por diversas zonas del mundo. Uruguay, Argentina y Brasil fueron sus primeros objetivos. Otros países de América y de Europa, y el Africa Occidental Francesa, le vieron luego peregrinar en busca de datos sobre esa disciplina. Profesor y conferenciante, ensayista



Daniel D. Vidart, con la autora de esta nota.

y poeta, basta lo enunciado para advertir los perfiles de una vocación decidida, trasunto de una inteligencia receptiva y creadora a la vez, solicitada por todo aquello en que se yergue, motivo central del Hombre, medida de las cosas, canon al que nada debe ser ajeno, como predicaban los antiguos.

Por razones de sensibilidad, fue por mucho tiempo a Vidart el poeta, al que prestamos atención preferente. Como un clásico de los tiempos áureos se mostraba en sus versos el joven colega, y fue más tarde cuando comenzamos a apreciar la faz sólida y rotunda de una cultura arquitecturada en función de una apasionada entrega al designio de hacer de la misma, un camino trascendente.

Y ha culminado la etapa de su juventud, con la publicación de una obra que por su índole resulta infrecuente en nuestro medio.

Estamos acostumbrados, por motivos plurales que no es momento de analizar, a lo breve y disperso, al ensayo monográfico más o menos corto, al apunte periodístico, a la crónica rápida, al poemario de pocas páginas. Lo oneroso de las ediciones no tiene poco que ver en ello, ni la ausencia de estímulo de un medio donde el escritor no puede depender de su creación para subsistir, mejora las precarias condiciones en que se desenvuelve. Pero de cualquier modo, esfuerzos de gran aliento no suelen darse entre nosotros. Libros como los *Anales* de don Eduardo Acevedo, o los volúmenes críticos de Zum Felde, o la *Historia de la religión de Israel*, de Celedonio Nin y Silva, constituyen casos esporádicos de vastos temas estructurados en forma orgánica y sostenida. Daniel D. Vidart lo ha intentado, con el mérito que supone poner voluntad y saber en una tarea difícil, ardua y compartida con otros deberes ineludibles para un jefe de hogar. En la perseverancia y en el sacrificio, en las horas robadas al descanso o a las distracciones, dio cima a una empresa intelectual de magnitud, que ha de consolidar su prestigio de joven Maestro, fuera de los límites de nuestro país, arrojando satisfacción para el acervo cultural del Uruguay. La importante editorial española Salvat ha editado en dos volúmenes bien encuadernados, de casi mil cuatrocientas páginas y con quinientas ilustraciones, la *Sociología Rural* a la que Vidart ha dado años de labor intensa, y que recoge su experiencia de viajes y de estudios en torno de materia tan actualizada por la preocupación creciente que en las sociedades modernas plantean los problemas agrarios. Entendido quede que no es éste, dominio de nuestro mejor opinar, y que no es juicio de valores el que emitimos, sino subrayado e impresión personal de lectora más o menos experta en atisbar intuitivamente, aun ahí donde el tema se le escape, lo que tiene de evidente y genuino aun para quien sea profano en la asignatura mencionada.

Pero acaso un mérito, y grande, de este tratado sociológico, sea la amenidad, la accesibilidad con que está presentado precisamente para quienes sean ajenos al asunto. Todo en él se explica con nitidez y se vuelve abordable, y en esta obra de amplitud enciclopédica, se realza, sobre el friso universal de la Historia, la fisonomía particular de los grupos humanos reunidos para la convivencia en núcleos cuyo eje es el agro.

Fiel a su designio, Vidart procura iluminar, definir; y de la Sociología dice que "no debe formular generalizaciones ecuménicas, sino aprehender casos concretos y relacionarlos entre sí; que es un saber y no un quehacer; que es un modo de comprender el mundo y no una herramienta para transformarlo"; y la Sociología Rural, particularización dentro de aquélla, se aplicará a desentrañar las formas de vida de los grupos rurales del ayer y del presente, en todas las latitudes.

La copiosa bibliografía consultada no pesa en el texto, escrito con desenvoltura y concisión. Y el desarrollo anchuroso abarca por igual desde la vida campesina en el Valle del Nilo, de la que nos informan los bajorrelieves egipcios, a las más avanzadas técnicas contemporáneas; la existencia agraria del planeta desfila ante el lector en una síntesis panorámica de gran alcurnia. Y ya describa el autor a las tribus primitivas, ya hable de los arrozales de Madagascar trabajados por mujeres, o de la recolección tal como la realizan los nagas de las montañas de Birmania; relate el medio rudo de los cafetales de Centro América o de Brasil, o de los yerbatales paraguayos; aluda a la organización socialista del imperio del Inca, o a los pioneros que colonizaron las llanuras fértiles de los Estados Unidos, o a los rasgos del campesinado uruguayo, lo que está subrayando, siempre, es lo que vale del hombre, ayudado por los recursos de la técnica. Afirma con razón, que "escribir en pocas páginas la Sociología de los pueblos agricultores es intentar nada menos que resumir la historia de la civilización". Y ambiciosamente es lo que ha procurado, en esta densa obra de virtudes dinámicas, en la que se supera lo frío de las estadísticas y lo impersonal de los esquemas, vitalizando el dato numérico, poniendo calidez en el análisis de las circunstancias en que viven las comunidades humanas, haciendo desfilar en apretado conjunto, autores, teorías, posiciones filosóficas, doctrinas científicas. Y todo con un estilo insólito en un tratado de este género, en el que se advierte la secreta vibración del poeta: "Cambian las culturas y cambia el paisaje. Sólo el hombre supera el instinto de supervivencia, y crea luego de aplacadas sus necesidades; sólo el espíritu es capaz del ademán desinteresado del arte, del esfuerzo arquitectónico de la religión, de la sublime inutilidad de la belleza". No puede negarse a sí mismo, el erudito, esa concesión estética, sublimidad nada inútil que vuelve grata la lectura aun para quienes, repito, somos ajenos a estas asignaturas. Vidart ha volcado su inquietud sobre la problemática de la tierra, y él mismo es el hombre que de la tierra extrae, como Anteo, la fuerza para seguir marchando. Creemos —y ya nos dirán voces autorizadas si tenemos o no razón— que esta *Sociología Rural*, de Daniel D. Vidart, es un momento de excepción en el panorama de la cultura nacional. Resulta imposible analizarlo sin caer en lo meramente enumerativo. Pero leyendo nos detienen a ratos trozos como éste:

"La agricultura celebra sus primicias sobre las sementeras. En las colinas despliegan los trigales sus apretados manípulos, sus ejércitos de espigas; más abajo junto al río, una huerta irrigada por acequias multiplica los tonos del verde, en primoroso alarde vegetal; defendiendo los flancos de las viviendas y de las rosaledas, rondas de cipreses unen sus manos de olorosa resina y detienen las cóleras del viento; en los plantíos de frutales, los naranjos de verano encienden, como decía el poeta inglés Marvell, "sus lámpara de oro en una noche verde"; en los viñedos los racimos están ya formados; y allá a lo lejos, los eucaliptos cubren los altozanos, y suben por ellos con hímnico impulso dejando tras sí una estela de perfume."

Y se olvida que estamos ante un libro de ciencia, para pensar en algún fragmento con reminiscencias de Hesíodo.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)

Acuarela de Juan María Blanes, del álbum de la señora de Bardesio. La playa del Buceo esperando la llegada de un barco de España con inmigrantes canarios.

cial sus acuarelas sin pretensiones, que poseían ya la potencia del genio.

Le dijo pocas palabras, pero la española las entendió bien:

—Soy honrado y bueno. ¿Quieres casarte conmigo?

La moza bajó los ojos. Y se casaron poco tiempo después. De esa unión feliz nació uno de los más famosos médicos de la época, el doctor Isabelino Bosch, ya que el catalán que eligió compañera en forma tan sorpresiva, fue su padre don Joaquín.

Don Jaime confirmó el depósito de armas en el aljibe, explicándolo porqué los blancos que no quisieron pasar a Buenos Aires a combatir a Rosas, desertaron y allí tiraron sus armas. Y luego, los antiguos temores de la gente frente a los continuos cambios de gobierno, los explican también. Muchos aljibes recibían de esa manera su dotación guerrera.

En 1850 la casa estaba vacía y la pulpería se hallaba cerrada. Hasta 1851 era frecuente ver la antigua morada ocupada por escuadrones volantes de caballería de Oribe, que pernoctaban y jugaban a la baraja y a la taba por el día y la noche. Eso es lo que dio origen a que se le considerara cuartel general, creencia errónea, pues éste estaba en el Cerrito.

Y dice don Jaime, que ya tenía seis años cuando terminó la lucha:

"Yo vi alguno de esos escuadrones. Los soldados vestían a la usanza de Rosas, con sus coloradas gorras de manga larga echada hacia atrás, cayendo sobre la espalda, y en cuyo hueco guardaba el soldado su tabaco y yesquero".

En cuanto a la casa de Rousseau, verdadera miniatura de la otra existe aún. No era de las Maroñas. Pertenecía al padre de Román Pereyra, que era blanco, y había vivido muchos años en San José con su hermano Leoncio.

Tampoco vivió Oribe en la casa de columnas. La verdadera casa que habitó Oribe en la Guerra Grande, desde el 43, fue de doña Agustina Reboledo, donde vive la partera Arigón.

—"Allí lo conocí yo, y en su casa aprendí las primeras letras, junto a sus hijas, de labios de don Cayetano Ribas, muy presumido, a quien nunca lo vi sin la levita y la galera de felpa. Creo que el viejo maestro murió pasados los noventa años en el Tala".

Lo cierto es que después de la paz, la verdadera casa de Oribe fue su quinta de Uruguayana, en el Miguelete. Pero hasta el pacto con Flores en 11 de noviembre de 1855, Oribe siguió viviendo en su casa de la Curva de las Maroñas, salvo el fin de semana que lo pasaba en el Miguelete.

A Mayol le gustaba hablar de Oribe tanto como le disgustaba referirse a Saravia. De aquél recordaba que siempre estuvo con el gobierno, y murió el 57 recomendando que rodearan a Pereyra. El brasilero fue un levantisco.

Una vez en el tema aseguró que la influencia de Oribe en la Unión fue siempre extraordinaria y tan prolongada como sus días. El se explicaba. No hay ejemplo en todo el país, de un pueblo que como la Unión, haya sido fundado por un hombre con la totalidad de sus habitantes de un solo color político.

Tan blanca era la Unión, que cuando Goyo Suárez iba a visitar a su novia Carolina Umpiérrez, que vivía en Cuchilla Grande frente a los molinos, no entraba por 18 de Julio, sino que daba una vuelta, entrando por Monte Caseros cuyo nombre era grato a sus colorados sentimientos.

Explicaba el rodeo diciendo:

"En la Unión hasta las gallinas y los perros son blancos".

Cuando Mayol decía ésto estábamos en 1938. Entonces vivía todavía la esposa de Goyo Suárez, sorda y casi ciega, en Carrasco, después de casi setenta años que había desaparecido en la muerte el vencedor del Sauce.

M. Ferdinand PONTAC.

(Especial para EL DIA.)



La casa de columnas. Demolida en 1911, edificóse en su lugar el consultorio del doctor Alberto Quesada. Hoy lo ocupa el Juzgado de la 11ª Sección, en 8 de Octubre 4673.

LA MUERTE DE BARTOLO NUÑEZ

HABIAN matado a un hombre y el pago andaba revuelto. A la policía de la tercera llegó el negro Virgilio Bico y pidió para hablar con el comisario, el mayor Cabrera. Hicieron pasar al negro.

—Güen día, mayor.

—Güen día.

—Mire... este... yo he venido por la custión de la muerte...

—¿Tenés algo que ver en esa cuestión?

—No señor; pero he colegido que usté debe hacer tráir y hacer declarar a Apolinario Trías. Anda diciendo que él sabe quien es el matador.

—¿Apolinario Trías? ¡Pero si tiene la lengua más larga y retorcida que serpentina de carnaval!

—No sé, mayor, como es eso. Pero él anda diciendo. Creo haber cumplido, y como me vine me voy. Adiosito.

Pensativo quedó el comisario. Y ya había partido el negro Virgilio cuando lo hizo detener y traer.

—Mirá, Virgilio: pasá por lo del juez y decile que venga pa tomar una declaración. Que a las diez lo espero.

Y se levantó llamando al sargento y dos milicos a quienes impartió órdenes. A las diez estaba en la comisaría, detenido, Apolinario Trías. Quiso hablar pero el mayor lo cortó:

—¡Mezquiná la sin güeso! En cuanto llegue el juez te despachás como quieras.

Casi en seguida llegó un sulki y en el sulki el juez, Juan Aldecoa, y el escribiente Ginés López a quien le decían Flechilla. Y flanqueándolos, a caballo, el negro Bico que no quería perderse la función.

Bien. Sentadas las autoridades y el detenido, de pie el negro, Cabrera rompió el fuego:

—A ver, Apolinario, ¿qué sabés de la muerte de Bartolo Núñez?

—¿Yo?

—¡Vos mesmo! ¡Lo que has dicho por las pulperías lo vas a estirar acá!

Apolinario se revolvió en el banco, chupó el cigarro, y dijo:

—Güeno.

Caviló un instante, el ayudante del juez llevó la pluma al tintero. Y el hombre comenzó a declarar:

—A don Bartolo Núñez supe conocerlo en el paso de los Montiel. El Ceibal taba de barranca a barranca y no tuvimos más remedio que acomodarnos en la balsa. Los Montiel eran güenos maromeros, se prendieron y empezaron a cinchar cimbrando los alambres, alambres que dicen los habían abigeao en la estancia del brasilero Merlo, del otro lao, y tráido en la carreta del rengo Cirilo, el Bicho, superior amansador de novillos pa coyunda..!

El mayor le pegó un tajo a la retahila:

—Mirá, Apolinario: no te salgás del trillo. Nada tiene que ver el señor juez con la creciente ni con los Montiel, ni con Cirilo. Lo que se quiere averiguar es lo que sabés sobre la muerte de don Bartolo Núñez.

—Pues sí, mi mayor: don Bartolo Núñez, como usté sabe muy bien, se casó hará unos diez años con la hija de Luis Junco, capataz que jué —y digo jué porque se mató de una rodada en el campo de Pereira ande había ido a llevar una tropa—. Ese casorio, como usté también sabe muy bien, jué muy tejido por el vecindario en el que dentraba Pascual, al que le dicen Bagre porque tiene tres pelos largos en cada lao del bigote, hombre sin yel pal chisme...

El mayor descolgó una pierna y colgó la otra. Y habló fuerte:

—¡No sigás, Apolinario, que vas a llegar quien sabe a qué páis! ¿Qué tiene que ver el juez con Pascual el Bagre y la rodada de Luis Junco? Queremos saber, y no te soslayés, cual es el embuchao que tenés sobre la muerte de don Bartolo Núñez.

—Pues sí mayor, a eso iba llegando. Viá hacer un cigarro.

Y mientras picó, lió, encendió, y chupó, fue murmurando:

—Fumo de naco porque pa mí es lo mejor que puede fumarse. Y estas chalas las corto y las peino yo mesmo que siempre juí muy prolijo pa los vicios. Güeno, vamos al asunto de la muerte... Don Bartolo dispués que se casó y que su doña le trujo al mundo el primer hijo, que jué varón al que atendió la parda Adoración Lima, lo mejor que ha habido pa partiar en un alrededor de veinte leguas de cismaría, que a la mujer de don Vega, que era primeriza, le sacó dos mellizos como quien saca un rey y un as del mazo tallando al monte...

El mayor, emitiendo un rugido se estiró sobre la silla:

—¡Apolinario! ¡Hijo de siete mil...!

—¡Pero mi mayor —exclamó alarmado Trías— si iba derecho a eso de la muerte! Don Bartolo Núñez, dos días antes que lo dijuntiaron, estaba tomando un refresco en el comercio de Yáñez, ande estaba Jesús, el Viruela, contrabandista que viaja de Bagé



Dibujo del autor.

pa este lao, del que dicen que ha comprao guardas y jefe, lo que no deja de ser una vergüenza pal fisco, y lo que tampoco...

El mayor dio un salto. Y lanzó un grito terrible:

—¡Sargento Trujillo, cabo Melgar, lleven este bandido pal calabozo, estaquéenlo, y mojen bien las guascas!

En un silencio casi absoluto pues la determinación del comisario petrificó a todos, sacaron en el aire al hombre. Luego Cabrera dirigiéndose al juez expresó:

—Perdóneme vuecencia. Mañana se seguirá con la declaración. Veinte y cuatro horas va a pitar del juerte en el cepo. ¡Ya me tenía con el ánima achicharrada! Quédese a almorzar y a cenar conmigo, tengo muy güena pulpa y una negra que cocina con mano suave. Mande desprender el sulki.

El juez aceptó y envió a Flechilla a buscar dos damajuanas de vino...

Oscuro ya el que pasara a diez cuadras del rancho policial sujetaría el caballo o detendría el rodado para sentir mejor lo que de allí salía en sonidos y ruidos que hacían fantástica partitura. Los milicos (el milico es —o mejor dicho era— un funcionario singular que aprovecha cualquier coyuntura para darse a la anarquía; algún día escribiremos algo sobre personalidad tan destacada) —los milicos, repetimos, sacándole punta al homenaje que el mayor estaba haciendo a la autoridad judicial habían caído en una total orgía. Como por arte de encantamiento surgieron frascos de caña, botellas de vino. Dos que habían salido en pelo como almas en pena volvieron con tres gallinas y un pato. En el comedor del rancho la cosa no iba en zaga. El mayor había hecho una demostración de esgrima, espada en mano en la que casi ensartó a Flechilla. Luego el juez cantó a pico seco un vals romántico que levantó la quincha, pues tenía la voz de trueno. Pero la cuestión llegó a la cima cuando Flechilla comenzó a contar intimidades del pago haciendo desfilar a sus personajes en la cruda desnudez de sus actos privados. El mayor se retorcía sobre el piso y el juez lanzó tan descomunales carcajadas que dos viajeros que al norte iban, mucho antes de cruzar la comisaría tornearon riendas y salieron rumbo al pueblo como almas condenadas. Hasta que llegó la hora del silencio, un silencio espeso de quejas, hipos, ronquidos, y otros ruidos más o menos elocuentes. Amaneció y se inició el desfile hacia la media pipa de los lavados. Ojos overjunos, melenas revueltas, bigotes erizados. Cuando comenzó el mate de la mañana, ya sereno el ambiente, el mayor hizo llamar al juez. Levantóse éste al cabo de rato, pidió café, y le expresó al mayor:

—Superior noche pasamos, mayor; ¡pero ahora semos otra vez autoridá y autoridá!

A las diez en punto hicieron pasar a Apolinario Trías. Venía como gato que ha aguantado el aguacero puerta afuera.

—¡Sentate! —le ordenó el comisario— supongo que haberás asentao la lengua...

—Lo que cuasi se me desasentó jué el juicio, señor mayor, porque me dio por soñar que estaba en el mesmo infierno; no sé mesmamente si taba durmiendo o dispierto, me olvidé hasta de las guascas que cruíian como bordonas con requinto...

Cabrera no lo dejó continuar.

—¡Pero qué viviente perdulario sos, Apolinario! Salís de una estaquiada, y sabés por qué, y volvés a sacudir la lengua al santo ñudo. ¡A ver, bandido, declará de una vez lo que sabés de la muerte de don Bartolo Núñez!

Imponente fue el gesto de Cabrera, y no menos el del juez cuyo vientre estaba en pleno torbellino; y nada los debía Flechilla que parecía un espectro. Apolinario empezó:

—Mire, señor juez, y usté señor comisario: de una vez por todas viá desembuchar. Y que mi declaración no vaya a ser interpretada como dentre en baile de negros porque no la firmo, no, señor juez y no, señor comisario: no quiero cáir en lo que cayó Rosendo el Pirú, que habló de un modo y lo pusieron de otro, por el modo y cual jué a dar a las rejas ande quedó como pasa de higo. Porque las declaraciones...

Y Apolinario desenfrenó el maldito redomón de su palabra maldita y sobre su lomo corrió desalado, embriagado por su propio discurso. El comisario lo miraba de hito en hito, el juez había cortado el resuello, y el escribiente galopaba la pluma chirriante sobre el papel del juzgado. Hasta que el mayor se levantó y en punta de bota pasó por el salón. Salió y mandó ensillar el caballo de Apolinario y un doradillo suyo, que era el de los grandes trences. Y cuando estuvieron listos entró de nuevo donde el torrente oral del preso ya era catarata gigantesca. Levantó a Apolinario del cogote, lo sacó como si fuera una pluma, y lo dejó horquetado en su moro. Montó de salto él, y la trenza de su arreador cayó sin misericordia sobre el anca del montado de Trías. Y ambos se perdieron en la lejanía bajo el polvo que las enloquecidas patas de las bestias levantaban, los espantables alaridos de Cabrera, y el silencio de Apolinario, que por primera vez en su vida no apeló al uso de la palabra. Juez, escribiente, y milicos estaban afuera suspendidos del impresionante ritmo del arreador del mayor que subía y bajaba del anca del moro al lomo de Apolinario... Y nunca más volvieron, desaparecieron del pago. Dado el genio de Cabrera y la lengua de Apolinario han de haber seguido en el son que salieron hasta que doradillo y moro tuvieron vida. Y si cambiaron de monta ya habrán pasado el Amazonas pues el rumbo que llevaban era el del Norte.

Todo esto es verdad. Está documentado en el juzgado de la tercera...

José MONEGAL.

(Especial para EL DIA.)



Baluarte de Cadaqués.

CADAQUES

LA bibliografía sobre este maravilloso rincón de la costa brava catalana ya va siendo extensa. Y no sólo porque el pintor Salvador Dalí tenga allí su punto vital de apoyo, ni porque —antes que él— el poeta Eduardo Marquina viviera y soñara y escribiera también allí, sino porque Cadaqués es Patinir. Cuando se llega a Cadaqués uno no sabe quien hizo a quien. Pero parece lógico pensar que Cadaqués *estuviera ya allí* cuando Patinir se puso a pintar. Luego Cadaqués es Patinir. Y Salvador Dalí. Lo mejor de Dalí, esos fondos de sus cuadros dondes apacientan azulisimamente unas aguas de transparencia prodigiosa, son Cadaqués; y esas rocas cristalinas en cuya entraña viven flora y fauna de mágica apariencia, son Cadaqués.

Cadaqués, que conocimos en visita inolvidable veraniega, tiene las aguas más azules y transparentes del mundo. Sólo recuerdo unas aguas así de azules y así de transparentes, las de la cueva de aguas misteriosas de Zújar, Granada, que parecen un sueño de primavera en plena adolescencia. En Cadaqués hay belleza natural, y hay cortesía, y se bailan una sardanas perfectas, y se come un pescado delicioso, y se pasa un calor atroz, hay que confesarlo. Pero cuando salta la brisa, ya el mar apacigua la inquietud del sudor y de la sed. Si no se está dentro de él, o paseando sobre su lomo en una de las barcas que con toda facilidad pueden utilizarse. No debo olvidar tampoco el maravilloso criadero de langostas que en Cadaqués hacen posible al buen gustador de mariscos y demás gollerías marítimas, un banquete que le satisfaga.

Pudimos charlar con Dalí, simpático conversador ameno. Y conocer su casa de Port Lligat, y ver sus automóviles espectaculares recorriendo las dificilísimas carreteras que llevan a Cadaqués a través de unos paisajes hermosísimos. La conversación de los naturales del pueblo es grata y de buen ilustrar. Sin embargo es la paz, el regodeo de mar y de azul lo que realmente cautiva y espera al visitante. Cuando este visitante recuerda cuadros augustos, entonces es cuando Cadaqués se identifica con Patinir.

Pero esto ya se goza mejor en Madrid, en el Museo del Prado; porque en el Museo del Prado, mirando a Patinir se recuerda, y se respira a Cadaqués.

Carmen ***CONDE.***

(Especial para EL DIA.)



Vista parcial de Cadaqués.



La casa del pintor Dalí, en Port-Lligat.



A la izquierda, la casa de Dalí; y a la derecha, el restaurant donde se comen las langostas del criadero.

SE va a proceder a la restauración de la casa más famosa en la más famosa calle de Londres. Nos referimos al Nº 10 de Downing Street, residencia oficial del primer ministro británico. Es, quizá, la única vivienda del mundo conocida simplemente por el número de la puerta. Las obras darán comienzo en el mes de agosto de este año.

Los trabajos de restauración serán de gran amplitud y abarcarán no sólo el Nº 10, sino también el 11 (residencia oficial del ministro de Hacienda) y el 12, donde se hallan instaladas varias oficinas del Estado. El proyecto de Downing Street, que se calcula tardará dos años en terminarse, y cuyo costo se eleva a más de 400.000 libras esterlinas, tiene por objeto ampliar las dependencias gubernamentales, pero conservando cuidadosamente las características históricas de estos edificios.

La Downing Street es el resto de una plaza formada por una serie de edificios particulares, que fueron construídos allá por el año 1665 por sir George Downing (su tío fue el primer gobernador de Massachussetts), figura política de los tiempos de Cromwell y los Estuardos.

UNA PLACA DE BRONCE

El Nº 10 se convirtió en 1732 en residencia oficial del primer ministro del Soberano, entregándosela en tal fecha el rey Jorge II a sir Robert Walpole, quien desempeñaba el cargo de primer lord del Tesoro; entonces no se usaba todavía el nombre de premier o primer ministro con el significado actual. Pues bien, como los británicos son muy amantes de la tradición, los visitantes del Nº 10 pueden ver aún debajo de la famosa aldaba en forma de cabeza de león, una placa pequeña de bronce con la inscripción "First lord of the Treasury".

Durante más de 225 años, el Nº 10 ha sido el corazón del sistema político británico. En todos los momentos de crisis, se congrega una gran muchedumbre en Downing Street para ver la entrada y salida de ministros de esta casa aparentemente modesta, de fachada oscura, situada en una calle sin salida entre los imponentes edificios oficiales de Whitehall. El escalón de la puerta ha sido pisado con tantísima frecuencia, que se ha procedido a su renovación siete veces.

En esta residencia, el día 25 de noviembre de 1781, se comunicó a Lord North, el rendimiento de lord Cornwallis a George Washington, en la guerra de la Independencia Norteamericana. Bajo su techo, el primer ministro Pit lloró la muerte de Nelson en la batalla de Trafalgar.



Puerta de entrada al número 10 de Downing Street, vista desde el Foreign Office.



La sala de reuniones del Consejo de Ministros, en el Nº 10 de Downing Street.

10, DOWNING STREET

LA CASA LONDINENSE CONOCIDA EN TODO EL MUNDO POR SU NUMERO

De allí salió Disraeli en 1878 para asistir al Congreso de Berlín, que puso término a la guerra ruso-turca, y desde su umbral pronunció las palabras "paz con honor" a una multitud jubilosa. Cuatro años después, en el hall de esta casa se arrodillaron el señor Gladstone y su esposa para elevar una oración por las almas del primer secretario irlandés, lord Frederick Cavendish y de su ayudante, víctimas de un atentado en Dublín.

En el Nº 10 residió durante seis años, de paz y guerra, Lloyd George, uno de los primeros ministros más enérgicos que ha tenido Gran Bretaña. Desde allí rigió los destinos del país el señor Neville Chamberlain durante la época de ocaso de esperanzas que precedió a la segunda guerra mundial, viéndose aquellos días de Munich, la Downing Street repleta de gentes ansiosas de saber la marcha de los acontecimientos.

PLACA CONMEMORATIVA EN EL SOTANO

En este histórico edificio comenzó sir Winston Churchill, en mayo de 1940, su "marcha con el destino", dirigiendo, bajo los intensos bombardeos de la aviación alemana, la lucha más ardua y gloriosa que jamás ha sostenido Gran Bretaña. En el sótano hay una placa conmemorativa que dice:

"Durante la segunda guerra mundial, Su Majestad el Rey tuvo a bien cenar en esta habitación 14 veces con el primer ministro, señor Churchill, el primer ministro suplente, señor Attlee, y algunos de sus principales colegas en el Gobierno Nacional y varios jefes de las fuerzas británicas y norteamericanas.

"En dos de estas ocasiones, los comensales se vieron obligados a trasladarse a un refugio próximo ante el riesgo implicado por el bombardeo aéreo enemigo".

A continuación, desde 1945 a 1951, el señor Clement Attlee dirigió desde esta residencia una revolución social y la creación de los seguros del Estado (Welfare State). En 1951 regresó sir Winston Churchill, figura ya venerable pero todavía entonces de gran vigor.

Una vez traspasada la modesta puerta de calle, que, según se dice, es la única en Londres sin ojo de llave, el Nº 10 ofrece una espaciosidad inesperada. Consta de 68 habitaciones, entre las que se encuentran varias oficinas, salas de Estado y la residencia privada del primer ministro.

El Nº 10 es un lugar de constante actividad, sobre todo durante la época parlamentaria. Los ministros y secretarios entran y salen con gran frecuencia; altos funcionarios del Estado, diplomáticos y jefes de grandes organizaciones concurren diariamente; y jefes de gobierno y distinguidos estadistas de todo el mundo acuden a consultar con el primer ministro británico.

UN GUARDIA A LA PUERTA

Este edificio cuenta con una central telefónica, un equipo de porteros para el servicio de la famosa puerta durante las 24 horas de la jornada, secretarios dispuestos en todo momento para desempeñar sus funciones, y, ¡cómo no! un guardia situado discretamente en la acera para alejar las visitas inesperadas. Pero, a la puerta del Nº 10 no hace falta montar una guardia armada.

En su interior hay piezas que podrían llamarse de museo: un sillón de portero, con capucha. Otro detalle tradicional es la chimenea del hall. Por un pasillo alfombrado de rojo se pasa a la hermosa sala donde se celebran las reuniones del Consejo, pasillos que los ministros de nuevo nombramiento pisan siempre por primera vez con cierto temor.

La sala, alongada, está decorada en color crema, y tiene columnas de adornos dorados, alfombra de color naranja y grandes ventanales que dan al jardín y a la explanada llamada House Guard Parade. Los ministros se reúnen en ella, generalmente, dos veces a la semana. El asiento y respaldo de las sillas están rellenos de cerda de caballo y la mesa cubierta con un tapete. El primer ministro se sienta al centro de la mesa, dando la espalda a una chimenea ornamental. Próximo a esta sala se encuentra el comedor, elegantemente amueblado y con espacio suficiente para 60 comensales.

Las salas de Estado se hallan en el piso superior. En ellas se ven numerosos cuadros al óleo, retratos de antiguos ministros. Su mobiliario es antiguo, con piezas de estilo Chippendale, laca china y Luis XV. Pero estas salas no se usan para las grandes recepciones. A los sucesivos primeros ministros y a sus esposas se les ha advertido el peligro que supone el invitar a más de 80 personas o —20 parejas bailando— en el estado en que se encuentra actualmente el suelo.

UNA ELEGANCIA DISCRETA

Las esposas de los jefes de gobierno han introducido ciertas reformas en el Nº 10, empezando por lady Oxford y Asquith que calificó esta casa de "escuálida... de poco ambiente, colorido y belleza". La señora de Attlee convirtió las habitaciones del ático en un pisito muy cómodo y acogedor. Lady Churchill dio a las salas de estar un aspecto más agradable y vistoso, ornándolas con pinturas de color más claro y telas de diseños vistosamente contrastados. Actualmente estas habitaciones se distinguen por la delicadeza y discreción de su amueblado y ornamentación, colores crema y brocados.

Pero el Nº 10 no puede continuar en la forma actual. Antes de las sacudidas que lo conmocionaron durante la guerra, se veía ya amenazado por la acción de los años. Los arquitectos han descubierto ahora que los cimientos carecen de la estabilidad necesaria y que es preciso reforzar las paredes. Las termitas y la carcoma han hecho su aparición en el entarimado del suelo y la tablazón de los tejados; es necesario reforzar las escaleras y tomar nuevas medidas contra el peligro de incendio.

Ahora bien, por grandes que sean las obras de restauración, la fachada del Nº 10, tan querida por el pueblo inglés, permanecerá casi intacta.

Exclusivo para EL DIA CECIL PORTER


Tarzan
por Edgar Rice Burroughs
NUEVAMENTE TARZÁN TUVO QUE UTILIZAR LA PRIMITIVA LEY DE LA SELVA: MATAR O MORIR.!


EN EL AUN PRIMITIVO CONTINENTE AFRICANO HAY SABIOS Y BUENOS BRUJOS, PERO EN ALGUNAS TRIBUS, OTROS HECHICEROS SE ADJUDICAN PODERES SOBRE NATURALES.


TARZÁN DESCUBRE QUE SU AMIGO MOMBAI, EL BRUJO, HA SIDO HECHO PRISIONERO Y ES TORTURADO POR LA TRIBU DIRIGIDA POR UN SALVAJE BRUJO BAKU.
MOMBAI! MI PRIMER AMIGO. OH! MOMBAI!
OIGANME! VA A HABLAR TARZÁN! QUIEN LES HA DADO A LOS BAKU ESTA NUEVA FORMA? COMO HACEN PRISIONERO Y TORTURAN A UN BUEN HOMBRE?
ESTOS,-TARZÁN, A CADA UNO DE MIS LADOS.


ME ALEGRO QUE HAYAS VENIDO, TARZÁN, ESTOS DOS ME HAN HECHO PRISIONERO, EN MI PROPIA TRIBU!


TARZÁN? ESTE NOMBRE NO SIGNIFICA NADA PARA MÍ. YO, NABU, MATARÉ A TARZÁN.


DE PRONTO ANTE LOS ASOMBRADOS BAKUS, EL DEMONIO DE LA SELVA SE ENCONTRÓ CON EL SEÑOR DE LA SELVA...
BILL ELLIOT JOHN CELARDO
SNAP


MI NOMBRE NO SIGNIFICA NADA PARA ESTE HOMBRE, PORQUE AHORA ESTÁ MUERTO. QUIEN MÁS QUIERE MORIR?


TODO ANDARÁ BIEN AHORA, MOMBAI, TARZÁN TE PROTEGERÁ!
LA HISTORIA DEL JEFE BAKU.



Durante la Semana de Turismo, la Sección Tejidos más completa del país, le brinda
6 EXCEPCIONALES OFERTAS
en las 3 avenidas y
Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.
GENERO DE LANA FANTASIA, en todos los colores. Ancho 0.80, el metro $ 5.50
SIMIL LANA a cuadros, escoceses y lunares en variedad de colores. Ancho 1.00, el metro $ 7.50
GENERO DE LANA JASPEADO, en una extensa carta de colores. Ancho 0.80, el metro $ 8.50
ALPACA, el tejido del momento para su vestido o traje de chaqueta, en modernos y delicados colores. Ancho 0.90, el mt. $ 9.50
GENERO DE LANA, MELANGE Y PRINCIPE DE GALES ANGORADOS, de extraordinaria calidad. Ancho 1.40, el metro $ 9.50
FIL A FIL DE LANA Y ORLON, en regia calidad y delicados colores. Ancho 1.40, el metro $ 15.50
Nuestras casas permanecen ABIERTAS durante la Semana de Turismo.
CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y Marcelino Sosa.
CASA MATRIZ
AV. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61
SUCURSAL GOES
AV. GENERAL FLORES 2341 esq. Marcelino Berthelot
Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00
SUCURSAL CORDON
AV. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11
PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. — Lunes y Miércoles a las 20 horas presenta el Escenario de Variedades y los Martes a las 21.15 horas, la Gran TELEREVISTA con las mejores atracciones de la T.V.
MAS DE MEDIO SIGLO BRINDANDO
Precios al alcance de todos